

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

TRABAJO A CASA

Como todas las mañanas, abrió los ojos y miró el techo. Como todas las mañanas de invierno, a las cuatro de la mañana aún era de noche.

Como todas las mañanas, se frotó los ojos, miró a un lado para ver a su obesa mujer, y finalmente resopló.

Se puso de pie, como siempre lo hacía, primero sentándose en el borde de la cama, luego buscando la ropa, y resoplando una vez que fijaba su próximo destino.

Como todos los días, desde hacía los años que ya había olvidado, se lavó, se secó, se perfumó y se vistió.

Se sirvió el desayuno, dejó una nota que decía "Un beso", y como siempre, tomó las llaves y salió a la calle.

Compró el diario de siempre en el diariero de siempre, resopló como siempre, esperando el colectivo, tomó el mismo colectivo de siempre, con el mismo chofer de siempre, y pagó el boleto de siempre.

Tomó asiento, como casi siempre, el último asiento del fondo. Abrió el diario, y antes de comenzar a leer, miró a un lado como rara vez lo había echo, y se preguntó si eso mismo no lo había vivido.

Más tarde se bajó en la parada de siempre, caminó las dos cuadras de siempre, árboles más, árboles menos, autos más, autos menos, y casi la misma cantidad de gente de siempre.

Saludó al tipo que se cruzaba siempre, ése, el que trabajaba en el puesto de galletitas de la estación. Esquivó los soretes de perro que siempre se disponían en distintas formas. Cruzó las calles, como siempre, mirando a ambos lados.

Cuando llegó, resopló, se sacó la campera y fichó la tarjeta, como siempre.

Saludó a los compañeros de siempre, ahí, en el punto de encuentro de siempre, el vestuario. Se vistió con las ropas blancas de siempre, tomó la gigantesca maza y se fue a trabajar.

Y allí estaba, como todos los días de todos los años, listo para las vacas transportadas por la cinta, a su vez listas para recibir los golpes de siempre.

Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis...

Como siempre, a la sexta perdía la cuenta. Tanta sangre, tantos golpes, el cansancio, lo hacían olvidar de las vacas que entregaba para carnear.

Las horas después de siempre, se dirigió a su almuerzo, y habló con sus amigos de casi lo mismo de siempre: fútbol, mujeres, televisión, de alguna que otra película recomendable de acción, y de mujeres.

- No te da la sensación que esto lo vivimos otro día? – preguntó el protagonista, como últimamente lo venía haciendo.

- Mis días son todos iguales. – respondió su compañero, como siempre lo hacía.

Como siempre, fin del almuerzo, el resoplido del trabajo por venir, y a la maza de siempre, las vacas de siempre, la muerte de cada instante.

Como siempre, se hizo la tarde, y más tarde, y finalmente la hora de irse.

Como siempre, volvió directo a casa, con el colectivo de siempre, con el chofer de siempre, en el asiento que pudiera. Como siempre, fue difícil conseguirlo.

Como siempre, bajó en su parada, caminó una cuadra y llegó a su casa.

Como siempre, hasta la coronilla por el trabajo, dio un mediocre beso en la cabeza de su mujer, de espaldas, cocinando lo de siempre.

Como nunca, cuando la tuvo a tiro con la maza que se había traído del frigorífico, le reventó la cabeza de un solo golpe.

Y para siempre, continuó girando en el círculo infinito de su maldita rutina.

FIN